

Dakota

John y Sam habían estado turnándose en el reluciente pinball que acababan de instalar en un rincón de la taberna de Tommy. John jugaba su cuarta bola cuando Henry irrumpió con su particular estilo de luchador de sumo dispuesto a aplastarle con su recalcitrante colesterol.

Sam se interpuso en su camino.

- ¡Mierda, tío, que estoy a punto de ganar 50 pavos! Este no es capaz de pegarle al especial ni con ampollas en los dedos.

- Si, vale, ¡Quita d'enmedio!

La bola de John andaba en vertiginosa caída entre ranuras, gomas y demás resortes. Los estridentes timbres y ruidos de la máquina le mantenían ajeno a la presencia de aquel cañón de tocino que le andaba buscando hacía tiempo. Era una vieja historia.

Según John, los snobs no pueden ir en bicicleta cuando se tiene el culo tan gordo como Henry, y sobre todo si su rectitud te hace ir al water a cada vuelta a la manzana. Como uno no puede zafarse de sus circunstancias –sobre todo si son urgentes–, cuando un día en la taberna el representante del escaparatismo pesado confesó que tenía cagalera, John fue corriendo a los wateres y quitó todos los rollos de papel del culo. Henry salió con la mierda pegada y juró no parar hasta abrirle el cráneo a aquel fontanero circense incapaz de distinguir un culo Mc Donalds de uno Nouvelle Cousin.

John estaba dispuesto a entregarse a su quinta bola cuando, gracias al momentáneo cese de ruido, pudo oír la furia que se le abalanzaba como un diplodocus que se ha dado en un ojo con la rama de un platanero. Tuvo el suficiente tiempo para esquivar el puño que deshumanizadamente se le venía encima, de tal suerte que quedó medio brazo incrustado justo en el especial y los letreros de "¡EXTRA, PARTIDA GRATIS!" empezaron a brincar con sus luces travólticas a lo Staying Alive.

John echó a correr mientras Henry intentaba, cual muro de grafities vanguardistas, sacar el brazo de entre las lucecitas, cristalitos y Vírgenes que descendían del cielo.

La sangre no le detuvo pero cuando llegó a la puerta del tugurio John había desaparecido.

Entonces sonó el teléfono móvil.

- Tío...- dijo la voz de John al otro lado.

- Cabrón... grrrr...

- Tío... que así no vale. A los artistas se les distingue porque para lanzar la bola contra el especial la conducen con el impulsor. No hace falta cargarse el pinball...

Yo fui "Miss camiseta mojada"

Todo empezó una noche en la disco del pueblo por una picada con mi amiga Ángel. Se celebraban las previas del concurso "Miss Camiseta Mojada" del estado y las dos estábamos colocadas. Fue subir al escenario, marcarnos unos bailes, mover un poco el culo y listo, ya estábamos en la siguiente ronda.

A la mañana siguiente nos dimos cuenta de lo que habíamos hecho. A Swan, el chico del momento de Ángel, no le hizo ni pizca de gracia cuando se lo contamos, y se pasó el resto de la semana machacando a su chica: "No te desnudes, nena. Sobre todo no te desnudes". Puñetero caso el que le hizo, ya que no solo enseñó las tetas en la siguiente fase, sino que también se ventiló a uno de los jueces para asegurarse la final. No sé cuando este concurso cobró tanta importancia para Ángel, pero durante el mes siguiente no paró de repetirme: "Esto está chupado, cielo. Con esta lengua mía no puedo perder".

Pero perdió. El concurso y a Swan. En lo segundo yo no tuve nada que ver.

Aquella decepción no le duró mucho tiempo. Había mamado que con un par de tetas y un buen culo se podía conseguir cualquier cosa en la vida. No le fue nada mal en la Universidad, en donde se tiró a todo el que se cruzó en su camino. La verdad es que no era muy selectiva. Su leyenda se hizo grande entre los energúmenos del equipo de fútbol. Uno de ellos le presentó a su amigo Cris, un tipo turbio y maloliente, que se rascaba los huevos entre trago y trago de pinta. Resultó que el tipo tenía contactos en el mundillo de las productoras porno de California: un primo hermano, un tío sobrino... o alguna otra mierda así. Cris reclutó a su nena, Ángel, un diamante en bruto, para el

negocio familiar. Juntos se largaron a California. Iba a comerse el mundo. Y vaya si se lo comió. Lo tragó todo. Lo lamió duro. Con 25 años, cuando se retiró del negocio, tenía hasta el agujero del ombligo escacharrado.

La Navidad pasada me invitó a casa. Se había trajinado a un pez mediano de la industria automovilística de Chicago. El tipo conocía su pasado y no le importó. Me alegré por ella. Incluso tenía un enano, joder, quién me lo iba a decir. Hablamos del pasado. Eso le humedece los ojos a cualquiera. "Qué razón tenías, Swan, cabronazo".

A la vuelta, en nuestra habitación, mi hombre me buscaba. Hice el amago de quitarme la blusa y Swan, me susurró al oído: "No, Marta, no te desnudes, déjate la camiseta mojada".

Más allá de los bambúes

Nevaba el tres de enero en Nueva York. Una corriente de aire helado me estremeció cuando abrí la puerta de mi apartamento. Li Song estaba sentada en el alféizar de la ventana del salón, mirando distraída la calle. Tardé un segundo en comprenderlo: entre el árbol en flor y el árbol muerto hay la distancia de un pie. Y aunque su rostro transmitía la misma serenidad de siempre, en la mano derecha temblaban sus demonios. Entonces se inclinó hacia el vacío como los pinos descarnados se asoman sobre los precipicios.

- ¡Li Song, cariño, he traído tu salsa de soja favorita!

Aquella mañana conseguí que se inclinara hacia mí. Cuando cesaba el temblor no costaba demasiado convencer a Li Song, y lo hice. La convencí de que acudiera a una terapia novedosa, basada en la reconciliación de tu espíritu con los de tus antepasados, o lo que prosaicamente se denominaba "la investigación de tu constelación familiar". Ella acudía puntual a las sesiones nocturnas. No necesitábamos comentar sus progresos, ni el contenido de aquellas investigaciones. Tiempo atrás, cuando estábamos en casa y podíamos hablar de nuestras cosas, en confianza, a menudo le preguntaba por su familia y sus lejanas montañas blancas. Li Song era de Yunnán.

Su padre la ocultó en una choza de bambú a la edad de ocho años porque Li Song, ya entonces, era profundamente bella. Pero su padre no pudo ocultarla de sus primos, de sus tíos, de los niños y jóvenes más audaces de la aldea. Y Li Song fue hermosa para sus primos. Fue hermosa para sus tíos. Fue hermosa para muchos jóvenes de la aldea. Incluso lo fue para su padre. Entre los bambúes. Hasta que un día, cansada de la maldición de su belleza, Li Song tomó unas mandarinas perfumadas, las envolvió

con harapos y abandonó su aldea. No solía hablar de cómo cruzó la frontera China, ni cómo sobrevivió en la Ciudad, ahorrando a escondidas cuanto pudo. Creo que si hubiera podido viajar a la luna habría ahorrado en Hong Kong para el pasaje. Hay que sobrevivir día tras día, y la ciudad es como la carcoma, se te instala dentro y te va devorando poco a poco las entrañas.

La ayudé a salir de las calles moviendo a fondo mis contactos en el barrio chino. El trabajo en las taquillas del cine Huan no eran gran cosa, pero le permitía llevarse un pedazo de pan a la boca y ayudarme a pagar el alquiler del piso. Nunca me arrepentí de haberle ofrecido la habitación que me sobraba. Pero lo del cine era otra historia. Simplemente no pude hacer más. Conocía la fama de explotador del Sr. Huan, lo que no sabía era que acosaba a las jóvenes. Li Song trabajaba diez horas al día allí, martes a domingos. No podía leer revistas, escuchar la radio ni ver la televisión en sus largas horas libres en taquilla. Hacía tiempo que se le había marchitado el rostro, pero seguía siendo hermosa. Había dicho no y el Sr. Huan era especialmente duro con ella. Su mundo se limitó a lo que podía ver desde su jaula, como si viviera en una ventana. En su mente construía pájaros de madera que podían volar durante días. El horizonte de su vida se ampliaba cuando lo observaban sus pájaros, desde las alturas.

Aunque yo sabía más que nadie de la vida de Li Song, supe más tarde que por escuchar sus relatos se marchitaban los rostros rosados. Abandonó el período de las tinieblas y había iniciado el período de los reinos combatientes, donde el agua golpeaba las rocas, y los guijarros de su alma rodaban por el fondo del barranco...

Ella me lo contó.

Una noche, en sueños, los pájaros de madera descendieron entre el ruido y la elevaron hasta el cielo, y le mostraron, más allá de los bambúes, dos o tres ramas de melocotón floridas.